

respecto de los individuos como de las colectividades sociales.

Inferir, del latín *inferre*, sacar conclusión lógica. — El que infiere ejercita la deducción y en este sentido se aleja de la inducción.

Sin embargo, inferido se dice más bien de lo que se asienta por una inducción, no elevada á bastante altura para *autorizar la deducción*.

Infel, del latín *in*, en, y *fides*, fe. — El que no tiene fe; ó más bien el que deja de guardar la fe, tanto religiosa como racional, que se debe á la ley.

Así hay infieles á la ley de Dios, entendida de tal ó cual modo, é infieles á las leyes humanas, á la moralidad, á las obligaciones contraídas.

Una fe es necesaria siempre, puesto que el saber absoluto es fruta prohibida al género humano.

Asentada con sólidos fundamentos una buena profesión de fe divina y humana, y más si se hace con juramento, no es lícito faltar á ella, so pena del castigo impuesto por Dios y por los hombres.

Infierno, del latín *inferus*, inferior. — Lo inferior, lo más inferior posible.

Lugar de tormentos y penas; mansión de males sometidos á su propia ley.

La eliminación del mal por el hierro ó por el fuego es un recurso supremo de la Cirugía. La necesidad obliga á usarle bastante á menudo; pero es preferible agotar antes los medios que proporcionan la Medicina y la Higiene.

Por lo demás, bien puede el símbolo religioso para castigo de los réprobos, relacionarse con un infierno ideal; porque la conciencia propia es bastante infierno, cuando el pecador la siente y la consulta.

Mas la eternidad de la pena no deja de ser un símbolo atrevido, si tenemos en cuenta que no nos es dado comprender ese ETERNO, que aspiramos á simbolizar.

Dentro de los ámbitos de lo que experimentamos en el mundo, el que muere *desciende* á la sepultura.

Ya es bastante odioso este descenso y merecé ser llamado limbo, sino infierno.

Pero esta es la muerte del cuerpo, la del pensamiento es aun más grave.

El pensamiento muere en el solo hecho de contaminarle un semejante á la enfermedad que lleva al cuerpo á la sepultura. Pero entonces no descende al centro de la tierra sino al centro de su conciencia, previamente contaminado. Allí es donde le aguardan todos los horrores que se llaman remordimientos.

Infiernos del paganismo. — El de Homero era simplemente el olvido, y la caída en el abismo sombrío de la muerte. Su cielo era de este mundo; una existencia lo más larga posible, reservada para los héroes para los amigos y protegidos por los Dioses.

Para los pitagóricos era un sitio elevado, donde se reunirían los buenos; y lo que después se llamó infierno lo llamaban ellos Tártaro, lugar de truenos que aterrorizaran, y de furias desencadenadas que castigarán á los malos.

Para Platón era simplemente la muerte, desde la cual se pasaba nuevamente á la vida. Muchos incrédulos y entre ellos Cicerón y César negaron el infierno.

El infierno del sentimiento religioso es el de Pitágoras, sancionado por la fe en aquello que se siente, por más

que ante la *razón pura*, aparezca necesariamente como *misterioso*.

La ciencia viviente se encierra en los límites de *aspiración* á saber (filosofía), que partiendo de lo definido se *representa* indefinidamente en el pensamiento humano, como necesidad urgente, imprescindible, de un símbolo de aquello que resulta al cabo incognoscible por más que se lo pretende conocer.

Semejante criterio de la ciencia viviente es el único que puede refundir en uno todos los criterios relativos al infierno.

No se llegará al concepto del infierno proclamado por la fe; pero sí á un símbolo humano, mejor ó peor confeccionado, de lo que se impone como divino.

Infinidad, de infinito. — Lo infinito y lo indefinido son palabras análogas, que se distinguen gramaticalmente en ser la una adjetivo y la otra participio, si se tiene en cuenta el verbo *indefinir*, no usado en el lenguaje común, pero de uso necesario para la función del pensamiento.

Esta distinción gramatical coincide con el uso que se ha hecho, y más aún con el que debe hacerse, de tales palabras.

Cuando se dice infinito se supone algo concebible como idea, pero imposible como realidad correlativa.

Cuando se dice indefinido, se supone algo que forma parte de la función negativa de la función de definir, que tiene su asiento propio en la vida inteligente.

Lo indefinido como generalidad (como idea), supone necesariamente negación de fenómeno conocido ó cognoscible; porque conocer un fenómeno es relacionarle con una generalidad y la generalidad en el caso de

que hablamos se asienta como indefinida.

Enfrente de lo indefinido, no caben, ni como fenómeno ni como ley, más que la auto-definición de la ley (autonomía) y de los fenómenos (heteronomía ó autocracia); dos *autos* en un sólo *auto*, soberanamente incomprensibles, pero no por eso menos indispensables para la economía del Universo y sobre todo de los seres vivientes que le habitan.

Ya por inspiración no analizada se ha solidado en Filosofía contraponer la palabra *indefinido* á la palabra *infinito*, conviniendo en que indefinido supone que no vemos el límite [de las cosas, mientras que lo infinito supone que afirmamos en absoluto la imposibilidad de la limitación.

En efecto, el entendimiento *no ve* el límite indefinido, sólo ve que no ve. El sentimiento es quien revela el coeficiente indefinido en la función de vivir, donde interviene precisamente para distinguirla de lo no viviente.

En una palabra, la *infinidad* debe entenderse en sentido *práctico* y no en el *teórico*, de que tanto han abusado los filósofos sustancialistas.

Lo indefinido se refiere á una función (verbo), donde figura como *participio* sin perjuicio del elemento antagonista definido, al que domina lo indefinido (y no lo que se entiende por infinito) durante el ejercicio de las funciones vivientes.

Infinito, del latín *in*, en, *finis*, fin. — Lo que no tiene fin. Así comprendido lo infinito se contrapone á lo indefinido, lo que no ha tenido principio.

Infinito é indefinido se identifican en el sentido común de negación: sin principio ó sin fin.

Sin principio ni fin, no hay cosa alguna en la vida: sólo *nos parece* que concebimos así la eternidad y la inmensidad.

Tales *apariencias*, dadas en teoría al pensamiento; como simples negaciones nada afirman, son palabras simbólicas de ninguna cosa.

No falta, sin embargo, quien afirma con ellas un infinito concreto, inmóvil, sustancial absoluto.

Mas para afirmar un infinito absoluto concreto hay que suprimir la negación *in* que constituye su único fundamento, y suprimida resulta que el supuesto infinito concreto, no es otra cosa más que lo finito.

Entre lo finito, afirmación contrapuesta á lo infinito, y lo infinito negación contrapuesta á lo finito, sólo puede concebirse una *transacción*, una mediación *práctica* entre lo finito y lo infinito, ó más bien entre un principio prácticamente *definido* y un fin prácticamente *indefinido*, reproducidos en serie indefinida mientras dura la vida.

Semejante mediación es la vida misma; la que permite considerar, lo *definido*, como fenómeno; lo *indefinido*, como ley; y el todo, como función de hacerse el fenómeno y la ley conocidos ó cognoscibles, sobre un fondo común ni conocido ni cognoscible.

Infinito é indefinido. — Todo el enigma de la metafísica, todo el nublado que cierra el horizonte de la ciencia humana, se despeja con sólo cambiar el sentido que se ha dado á las palabras *finito é infinito*, sustituyéndolos por el que debe darse á las palabras *definido é indefinido*.

Se ha entendido filosóficamente finito é infinito como sustantivos, y ha de entenderse definido é indefinido como participios de los verbos definir é in-

definir, como adjetivos y calificadores, no como nombres sustantivos.

Con las palabras finito é infinito se consignaba una relación de espacio. Con las palabras definido é indefinido se consigna una relación de tiempo. La misma relación que tiene la línea variable, coordinada con la fija en el cálculo matemático.

Dios de esta manera deja de ser un Señor infinito, apareciendo como un Señor indefinido é indefinible *en absoluto* para el pensamiento humano; pero definible por necesidad con aproximación continua y creciente mientras dura la vida del hombre.

Influir, del latín *in*, en, y *fluere*.

—He aquí otra corriente ideal análoga á inducir é inferir. Se distingue de éstas por su relación práctica, que no se encierra dentro de un individuo, sino que va de un individuo á otro y de una á otra función.

Informar, *in*, en, formar. — Dar forma á alguna cosa.

Desde Aristóteles se ha distinguido filosóficamente en las cosas, una materia y una forma. La forma era para Aristóteles lo actual y la materia lo posible.

Informar en este sentido es dar forma á lo posible, imponer á los fenómenos una ley determinada, comunicar espíritu y animación á una obra *informe*.

De esta suerte aparece la información como una especie de generación, en la cual el sexo masculino representante del espíritu positivo y el femenino representante del espíritu negativo ó sea de la pasión (pasividad) dan forma autónoma, viviente, á lo que antes no vivía, ó vivía sólo como parte de otro organismo.

Ingenerable. — No han faltado filósofos que renegando de la gene-

ración, hayan supuesto que se salvaba el concepto absoluto de Dios declarándole ingenerable.

Es lo cierto que Dios en su *concepto absoluto* es tan ingenerable, como incognoscible é indefinible, y para decirlo de una vez, como imposible dentro de la comprensión humana como no sea simbólicamente.

Apelar á recursos de esta categoría es, cuando se hace inconscientemente, una ilusión cándida del sentimiento, que pronto se desvanece ante la luz de la reflexión; y si se hiciera con plena conciencia del engaño que envuelve, sólo merecería el nombre de superchería.

Lo que no se puede engendrar, menos se puede producir; así es que Dios no puede ser ni producido ni engendrado *humanamente*; lo cual no impide que se le sienta idealmente en las alturas del pensamiento, y se le *engendre* allí, simbolizándole como lo más grande y sublime á que puede llegar el espíritu viviente.

Ingenio, del latín *in*, en, y *genere*, engendrar. — Preponderancia en el ejercicio de engendrar ó crear conceptos, y de aplicarlos oportunamente á la coordinación posible de los acontecimientos en el mundo.

Algunos en vez de ingenio dicen simplemente *genio*, y ha sido muy frecuente relacionar el genio con la divinidad, por determinación espontánea del sentido común, muy de acuerdo con lo que sanciona el sentido reflexivo.

Se llama genio al artista *original*, que concibe espontáneamente grandes pensamientos, iniciando series de creaciones subordinadas.

La historia, los acontecimientos presentes y la espontaneidad genial, se fecundan mutuamente, dando cuer-

po y espíritu á las creaciones humanas de todo género.

Concíbase un espacio dotado de riqueza de pormenores, acaecidos en lo pasado y reunidos en el presente, recibiendo poderoso impulso de un futuro (ideal), vigorizado por repetidas inmersiones en el Jordán de lo indefinido, y se habrá concebido el genio.

Así nacen los grandes y robustos organismos, vegetales, sensitivos y racionales, siendo estos últimos los que, escasos en número, reciben por su singularidad el nombre de genio.

De estos grandes ingenios son groseras imitaciones los que se *ingenian* para hacer algunas cosas.

Ingénito, del latín *in*, en, y *genere*, engendrar. — Lo que se supone implicado en el acto de engendrarse un individuo.

En este caso lo que se halla implicado es la función misma de vivir con todos sus factores; definido, indefinido y término medio.

Si ha solido entender que sólo han de estar implicados, ó no implicados, en lo ingénito factores positivos de la función, y lo cierto es que han de estar implicados tales factores; mas no exclusivamente.

La implicación alcanza á los factores relativamente negativos, como lo son la generalidad ó ley y el coeficiente indefinido.

Ingestión, del latín *ingerere*, ingerir. — Intervención de algo exterior en una función relativamente interior.

Así intervienen los alimentos en la nutrición del sér viviente.

Así interviene oficiosamente el que se propone desde fuera modificar funciones íntimas.

Inherencia, del latín *in*, en, y

hæerere, estar unido.—Supuesta identidad absoluta entre dos cosas, sin tener en cuenta su distinción correlativa.

La inherencia facilita ilusoriamente la explicación de las cosas. Con decir que tal cosa es inherente á otra parece que se la explica; siendo así que equivale á confesar francamente la ignorancia de la relación que se aspira á comprender.

Confesando nuestra ignorancia sabemos, al menos, á qué atenernos.

Iniciativa, del latín *in*, en, y *itum*, ido.—Todo lo que es, llega á ser, porque *sucede*.

Todo lo que sucede supone principio.

Lo que principia supone iniciativa, causa de que principie.

La iniciativa absoluta de cuanto principia hoy principió ayer, y principiará mañana, está fuera del alcance humano; relegado á la esfera de función particularísima de identificar en sí, por sí y para sí.

Mas con estas restricciones de ser en sí, por sí y para sí, el pensamiento humano ejercita la función, delegado de: tomar en lo posible, dentro de sus límites, la iniciativa, que no se alcanza ni aun se concibe en lo absoluto, á no ser bajo la forma de *negación, correlativa* con todas las afirmaciones hechas en el Universo positivo.

Inmanente, del latín *in*, en, y *manere*, permanecer.—Lo que subsiste absolutamente, ó que es inseparable del sujeto en quien reside.

Las funciones intelectuales aparecen con relativa inmanencia una vez realizadas y abstraídas del sentimiento de su propia realización.

La función inmanente de discurrir puede hacerse según Kant: *trascenden-*

tal, cuando discurre sobre aquello á que no alcanza, y *trascendente* cuando se supone realizada más allá de su dominio propio.

La verdad es que la razón inmanente, ya sea en el sentido trascendente que es el fenomenal absoluto, ya en el trascendental entendido como legislativo absoluto; carece igualmente de razón de ser, si no se hace (transforma) en la función que concierne el fenómeno y la ley; en el fondo común desconocido, que Kant comienza á sentir al llamarle número; y que en vano quiso más adelante utilizar, después de completamente expulsado de la razón teórica.

Ni el número debe de ser tan extraño á la teoría, ni tan completo dominador en la práctica. Se salva la dificultad no considerando inmanente ningún extremo, sino relacionándolos todos, para que se hagan posibles, y en lo posible esquiven el escollo común de la absoluta imposibilidad.

Inmediación, de inmediato.—Desde el momento en que es imposible lo inmediato absoluto, es imposible la inmediación; pero es posible un sentimiento relativamente inmediato.

Inmediato se dice en sentido relativo lo que está cerca, por más que lo separe sólo de lo que está lejos un intervalo más corto.

El sentimiento inmediato del fenómeno caracteriza al animal.

El sentimiento inmediato de la ley (generalidad-individuo), caracteriza al hombre.

El sentimiento inmediato de la función caracteriza al pensamiento filosófico, que reconoce su organismo como viviente.

En este *reconocimiento* transigen el

sentimiento inmediato (especulación de Hegel), que es el relativamente sintético con el mediato ó analítico (dialéctico de Hegel), sin que prevalezca exclusivamente la indentificación (unidad) del uno, ni la distinción (dualidad) del otro.

Lo que siente el pensamiento filosófico, viviente, además de lo que sienten el animal y el hombre encerrado en su sabiduría dicotónica; es lo indefinido que acompaña constantemente á cada extremo y á cada medio, definidos; para reproducir en todo momento la vida de la conciencia.

El sentimiento de la vida por el pensamiento mismo que vive, es la tercer forma de sentimiento, negación triplicada de la triplicada afirmación correlativa; después de la cual sólo cabe reproducción de la serie, desde el punto definido de partida hacia el punto de llegada, siempre indefinido mientras dura el viaje desde lo definido á lo indefinido; que es como si dijéramos desde el nacer hasta el morir, pasando de la tierra al cielo ó á los profundos abismos de lo ignorado.

Inmediato.—Negación de lo mediato.

Lo que es ó se hace sin medio correlativo.

El fenómeno, la ley y la función se sirven mutuamente de medios y de extremos: así se concibe que sea, ó se haga, algo.

Sólo se concibe *ser ó hacer* algo sin medio, cuando suprime el pensamiento en un determinado instante, cualquiera de dichos elementos.

En el momento en que prevalece el sentimiento, es que suprime como medio la reflexión, y cuando prevalece la reflexión es que suprime como medio el sentimiento.

Nada *comprensible* es inmediato, porque comprender humanamente es figurar el hombre como término medio entre lo comprendido y algo que no se puede comprender.

Sólo es inmediato para el hombre lo que se siente aisladamente, sin relacionarlo como principio, como fin ó como medio, en la función común de que forma parte.

Es en el potestativo abstraer como le convenga relaciones inmediatas. Mas para concebir las *necesarias* en cada caso particular, ha de relacionar lo que siente aisladamente con los demás elementos indispensables; para que cada cosa que se siente aparezca siendo algo determinado y no lo completamente indeterminado.

Esto no impide que la abstracción pueda aspirar siempre, revelando inmediatamente, ora lo definido y definible, ora lo indefinido é indefinible, ora los dos extremos sin intermedio. Esta situación es reflexiva ó teórica, y debe estar dotada de suficiente abnegación, para considerarse á su vez como término medio ó como extremos; de donde parten, y á donde van las corrientes prácticas de lo pasado y de lo futuro, ejes fundamentales que sostienen á flote la teoría, como presente, ó sea como actualidad, de la función común.

Inmensidad, del latín *in*, no, y *mensus*, medido.—La inmensidad y la eternidad son cero de extensión y cero de duración, resumibles teóricamente en un solo cero, que aunque cero teórico, figura como coeficiente práctico de todo lo definido en la función común de definir la vida en general.

Lo inmenso y lo eterno son igualmente cognoscibles en relación, é incognoscibles en absoluto. Constitu-

yen en absoluto un solo misterio; mas semejante misterio es inexcusable para que pueda haber algo no misterioso. La negación de lo misterioso supone su afirmación como polo correlativo.

Sin dos polos ó extremos no tendría donde ejercitarse la función de *ir* y *venir* del uno al otro, realizando, sin tocarlos jamás, todo lo posible dentro del pensamiento humano.

Al desdoblarse el misterio aparecen los dos polos, inmensidad y eternidad, significados con toda la aproximación posible por el mundo inorgánico y por Dios; por el espacio y por el tiempo; por todo y nada; por definido é indefinido.

Inmolar, de *in*, privación, y de *mole* en griego *miles*, y en latín *molas*.—El cuerpo es la mole que se quita á la víctima, reduciendo su vida en el sacrificio á coeficiente indefinido.

Para simbolizar este pensamiento, se derramaba previamente sobre el animal sacrificado *mola*, harina tostada y espolvoreada con sal.

Inmortal.—El que no puede morir.

Toda vida es mortal. ¿No será, pues, contradictorio el concepto de una vida eterna?

Y si la supervivencia no es otra vida ¿qué puede ser?

¡Misterios impenetrables que nos rodean y nos tocan, y que se hacen sentir sin que podamos interpretarlos!

Y todavía al hablar de misterios que nos rodean, se incurre en un ontologismo, que sólo se salva sintiendo que, al sentirlos, se siente la nada, no por sí sola, que no podría ser sentida, sino en su relación con todas las cosas. Se siente lo futuro, indetermina-

do en sí, predeterminando como ideal respecto de lo real.

Inmortalidad, de inmortal.—La cuestión de la inmortalidad del alma, aunque insoluble en absoluto, aun puede ser examinada desde el punto de vista de lo posible humanamente.

¿Muere el alma con el cuerpo? ¿Puede no morir? ¿Debe no morir?

Teóricamente se concibe un alma inmortal. No hay práctica concebible sin teoría correlativa, y la teoría no se concibe sin alma, sin un continuo presente que realice lo porvenir.

Prácticamente y sin apelar á teorías ¿quién lo puede saber?

El que no muera jamás; y aun ése sabrá lo presente y algo de lo pasado, mas no lo porvenir.

Discurriendo sobre las transacciones entre la práctica y la teoría, resalta la necesidad común del enlace entre el alma y el cuerpo, como transacción immanente entre lo definido y lo indefinido.

Aparece, por de pronto, en el esquema de la vida (teoría simbolizada geoméricamente) el lóbulo de la inteligencia, que es el que se aspira á salvar de la muerte del cuerpo, como unido con el cuerpo, como necesitado de pasar por las fases del sentimiento y del sueño vegetativo. Privarle de estos lóbulos sensitivo y vegetativo, es como si se arrancara una planta de la tierra ó se cortara la cabeza á un animal.

Así dice la teoría; y la práctica humana; viniendo esta vez en apoyo de la teoría, ha establecido experimentalmente, que no viven las plantas arrancadas de la tierra, ni las cabezas del tronco del animal.

¿Y si la práctica, libre como es de contradecir particularmente á la teo-

ría, hubiera resuelto la cuestión en sentido opuesto?

Cierto es que no viven en general las plantas arrancadas de la tierra; pero viven algunas en el agua, y viven en el agua y en el aire los animales, aun después de arrancados de la matriz sólida, que fué la tierra especial de su nacimiento.

¿No será la atmósfera del tiempo, la serie abstracta de sus determinaciones, base y raíz suficientes para sustentar la vida del pensamiento separada del cuerpo?

¡Quién sabe!

Lo único que sabemos, y esto sí que lo sabemos con certeza, es que sentimos la inmortalidad del alma como ley de lo presente, como realizada autónómicamente, y como ideal futuro que DEBE REALIZARSE

La vida es buena y el bien *debe ser hecho*, por más que pueda no ser hecho en la experiencia externa y aun en la interna.

Inmóvil, del latín *immobilis*.—Lo que limita el movimiento, sin perjuicio de que en otro sentido aparezca él también en movimiento.

Todo se mueve en el tiempo, pues que en él *todo pasa*.

El motor inmóvil de Aristóteles, el acto absoluto, no cabe en la Naturaleza ni en el pensamiento. La inmovilidad, como la movilidad, sólo se comprenden en relación.

Inmovilidad, de inmóvil.—La inmovilidad sólo puede ser relativa; la absoluta es una ilusión teórica en medio del ejercicio práctico.

La reflexión pura es metafísica; física ideal, en relativa inmovilidad; reflejo, esquema, ó retrato inmóvil de la vida.

El sentimiento arrastra á la reflexión; pero ésta subsiste como presen-

te en el intermedio de lo pasado á lo futuro y viceversa. Si desapareciera en totalidad, se perdería con ella el carácter humano.

La reflexión es la teoría, el sentimiento la práctica. La una no puede estar separada de la otra: se limitan y se exigen mutuamente. La teoría, la ley es la que da luz á la práctica, y ésta es la que engendra la luz teórica.

La teoría, sentida prácticamente por el hombre es una ciencia viviente: iluminación común que pone en claro el intermedio que relacione la ciencia constituida (esquema muerto) y el cero de saber; polos antitéticos necesarios, pero imposibles sin ese intermedio que vivifica y engendra todo lo posible.

Inmune, del latín *in*, no, *munus*, servicio ó carga.—Lo que está exento de la observancia de reglas ó leyes determinadas.

El pensamiento goza relativa inmundidad respecto de las leyes del cuerpo y del mundo exterior.

La libertad presta al hombre inmundidad relativa y le otorga derechos enfrente de deberes correlativos.

Innato, del latín *in*, en, y *natus*, nacido.—No debe entenderse por innato lo no nacido, pues entonces se entendería *nada viviente*, ó algo no viviente; sino al contrario, lo que se supone al suponer un nacimiento.

Nacimiento supone iniciarse la función de vivir y con ella todos sus indispensables factores.

Innominado, del latín *in*, no, y *nomen*, nombre.—Lo que no tiene nombre. Hay además algo que se concibe como *innominable*, y es lo que se siente como indefinible é incognoscible humanamente.

Innovación.—Función destruc-

41050

tora y constructora que reemplaza lo que es por algo que *no era*.

La vida en general es innovación continua. No se vive sin innovar. Sólo que puede innovarse más ó menos en cantidad, y mejor ó peor en calidad.

Aun lo que sólo envejece y no se restaura, se innova en el sentido abstracto de pasar de una á otra forma, de nuevo á viejo.

Mas como innovar supone algo innovado, no se llaman novedades á los hechos que van á lo pasado, sino á los que vienen del porvenir.

Inocencia, del latín *in*, negación, y *nocere*, dañar.—Ignorancia del bien y del mal.

Inocentemente se puede hacer el bien (gracia) y el mal (irresponsabilidad moral).

Por eso se llama inocente al que hace el mal sin saber lo que hace.

La inocencia, interpretada en el sentido de negación del mal aun cuando sea por ignorancia, viste primorosamente al pensamiento; pero no le resguarda de los peligros que le asedian.

Inocente, del latín *in*, no, y *nocens*, dañino.—Muchas cosas no dañan; pero todas pueden dañar. Hasta el niño inocente no daña con intención de dañar; pero ¡cuántas veces daña inconscientemente á intereses más ó menos legítimos!

Inorgánico, *in*, no, orgánico.—Elemento que aparece en el Universo como definido reclamando el concurso de lo indefinido.

Semejante concurso le está vedado en forma inmediata. No le concibe el pensamiento sino mediante la limitación de ambos extremos en una función viviente.

Cualquier otra función no viviente

no hace más que reproducir en cada uno de los extremos su inconciliable antagonismo, y la exigencia del medio viviente para relacionar lo definido con lo indefinido.

En relación con el pensamiento aparece lo inorgánico dotado de una *actividad pasiva*, de una *función de pasividad*, que se realiza siempre entre dos cuerpos y mediante otro cuerpo, sin salir de la esfera de lo constituido y definido.

Nunca resulta lo inorgánico exento de la necesidad de un medio viviente, que enlace lo definido con su antagonista el polo indefinido.

Aporta pues el pensamiento viviente el concurso que lo inorgánico reclama de lo indefinido: concurso imposible, sin la vida; con la vida, posible; pero *mediante* ella, y nunca de un modo inmediato, que sería absurdo.

Lo inmediato, como lo absoluto, puede abstraerse ó pensarse; pero no realizarse sino *mediante* algo que limite la abstracción haciéndola relativa á un concreto correlativo.

Siempre lo inmediato supone lo mediato en la práctica, así como lo mediato permite lo inmediato en teoría.

Insciencia, *in*, no, ciencia.—Término opuesto á la ciencia.

La función común se realiza limitándose recíprocamente la ignorancia y la ciencia.

No se debe autorizar conscientemente la aspiración automática á una ciencia ilimitada. La ciencia viviente enseña que la ciencia ilimitada es precisamente el vacío científico, la nada del saber, la insciencia absoluta.

Insenescencia, del latín *in*, no, y *senes* viejo.—Privilegio de no envejecer.

Algunos filósofos le han concedido al sentido íntimo.—En realidad es un privilegio que á menudo otorga Dios al alma; pero no siempre, y del cual en todo caso no se usaría eternamente en el mundo, donde nada hay ni puede haber positivamente eterno.

Insípido, del latín *in*, negación, y *sapidus*, sabroso.—Lo indefinido para el paladar.

Lo que no suscita algo nuevo en el fondo de la ignorancia, es insípido para el pensamiento, no tiene importancia; y lo que no se revela con cierta viveza como forma del sentimiento animal, carece de sabor.

Es la sabiduría la sal del alma, porque sazona al pensamiento apropiándole para su comunicación y regeneración en las entrañas de lo indefinido.

Inspiración, del latín *in*, dentro, y *spirare*, soplar.—Acto que con la aspiración constituye la función respiratoria.

Aunque respirar es un acto que se ha atribuido siempre exclusivamente á la vida corpórea, también se ha llamado siempre inspiración al acto de crear el pensamiento una obra original.

Es que instintivamente se ha consignado la relación entre las funciones respiratorias del cuerpo y las del pensamiento.

El pensamiento respira lo indefinido en el espacio y en el tiempo, como los pulmones respiran el aire.

La respiración del pensamiento es el contacto de la síntesis central de lo definido y lo indefinido con el extremo funcional, relativamente indefinido.

Instante, *in*, estante.—No estante; lo que no está, lo que sin dejar de

significar tiempo, no se estaciona, no dura, no se reproduce.

Límite en el tiempo, de lo *instante en absoluto*, que ilimitado, como exige la calificación de absoluto, no sería cosa alguna, y que con este límite en el tiempo se hace susceptible de reproducirse y durar.

El límite del tiempo se relaciona con el espacio, y recíprocamente el del espacio con el tiempo.

El instante es, por consiguiente, límite del tiempo en relación con el espacio y con todo lo contenido en él; y límite también del tiempo mismo, haciéndose *presente ó representándose* en serie indefinida, como representante práctico de sí propio y como delegado de lo ausente, de lo pasado y de lo porvenir.

La negación de todo espacio es la que se define como tiempo.

La función común del tiempo y el espacio es hacerse el uno por el otro, cambiar.

El cambio acaecido es un *hecho*, entregado á la multiplicidad en lo inorgánico; espontáneo y generador en lo viviente.

Instinto, del latín *in*, no, y *stinguere*, extinguir.—Providencia del animal.

El bien providencial es la realización de la ley viviente, así en la planta como en el animal y en el hombre.

La planta realiza la ley en cuanto obedece automáticamente al ideal constituido en la inteligencia; el animal en cuanto obedece á la ley sentida, pero no reconocida, que se llama instinto.

Instrucción, del latín *in*, en, y *struere*, edificar.—Digestión intelectual, que acopia los materiales á pro-

pósito para la nutrición del pensamiento.

Hay personas instruídas, y que sin embargo, apenas saben pensar rectamente, como hay estómagos que almacenan alimentos y no los digieren.

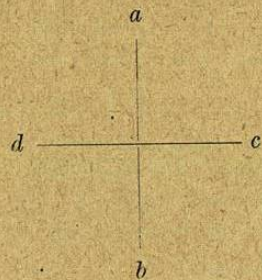
Instruir á los demás es proporcionarles alimento espiritual; pero nadie sustituye á otro en la digestión del alimento que recibe.

Instrumento, del latín *instruere*, fabricar.—Lo que realiza exteriormente una idea sirviendo de medio entre la idea misma y la exterioridad correlativa.

En este sentido el cuerpo vegetativo es instrumento del alma racional, pero si el cuerpo vegetativo respecto del alma racional es instrumento, respecto del sér inorgánico, es función que entrafía lo indefinido y emplea lo definido como instrumento para sus fines.

El cuerpo vive como fenómeno, el espíritu vive como ley (instinto, sentimiento puro) y como función (inteligencia).

Intelección, de entender.—La intelección considerada sistemáticamente ó en su conjunto posible en un momento determinado puede figurarse en este esquema:



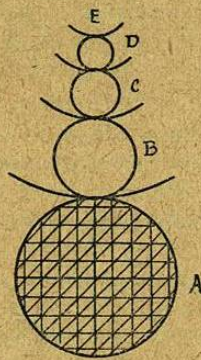
a Sujeto que se ausenta.

b Objeto que se presenta.

cd La función representada (antes y después).

El hombre entiende en un fugitivo presente lo fenomenal, lo estático, lo positivo en sus relaciones con el tiempo *d* (porvenir) y *c* (pasado).

Inteligencia, voz derivada del latín y que suena á gestión y á ley.—Función de vivir en el polo indefinido.



Vive el hombre relacionándose:

1.º Con lo no vivo. Lo no vivo en uno de los polos de su vida; *negación* simple de su vida propia. En el polo opuesto es todo lo que se *afirma* enfrente de la negación de su vida propia.

2.º Con otros seres vivos.

La relación del hombre con lo no vivo le hace figurar simplemente como sujeto respecto de lo no vivo, que figura simplemente como objeto.

Pero esta relación simple se llama estática y se modifica dinámicamente en la práctica, en la cual el sujeto se hace objeto y el objeto se presta á cambios impuestos por el sujeto.

El tiempo se agrega entonces á lo objetivo (fenómeno) y á lo subjetivo (ley) para constituir la función, que

puede ser subjetiva (autonomía), ú objetiva (heteronomía).

El hombre término medio entre polos teóricos (el esquema inmóvil y el fondo blanco) y prácticos (*A E*) que ponen en comunicación mutua á los teóricos, es el que resume en su economía los tres grados funcionales (*B C D*), sin perjuicio de que el primero y el segundo grado de la vida puedan aparecer también en individuos independientes.

El tercer grado de la vida es la inteligencia, lindante con lo indefinido, con lo incognoscible; que en cuanto polo necesario para vivir, llamamos divinidad.

La comunicación de lo definido y lo indefinido, representada por el grupo más alto del esquema, lleva al conjunto funcional un elemento ya definitivo; porque no es susceptible más que de indefinida reproducción; y que consiste en entender lo que se siente y lo que se hace dentro y aun fuera de los límites de la inteligencia (en cuanto le es dado concebir lo que se le impone desde fuera de sus límites) como polaridad indispensable para concebirse á sí propia.

La inteligencia comprende mucho, comprende todo lo comprensible por ella, pero tiene á su frente lo incomprensible y esto lo *siente* fuera de sí como condición inexcusable para sentir dentro de sí todo lo que comprende y puede llegar á comprender.

La función inteligente ejercitándose en el sentido de *B* á *A* ó sea desde lo indefinido á lo definido, es voluntad ó acción, y ejercitándose en el sentido de *A* á *B* es procedimiento pasional, llamado á incorporarse con el activo en todos los puntos de transacción, representados por las inter-

secciones de las curvas esquemáticas.

Por encima del último punto de transacción (intersección esquemática) se levanta el mundo ideal, flotando sobre el pensamiento definido, hasta perderse en las alturas de lo indefinido.

Allí se forjan los tipos á que se adapta la función moral en el mundo y la función suprema en la eternidad.

Inteligencia divina.—Toda inteligencia humana, no es más que un órgano del organismo colectivo, que en unidad absoluta se hace ininteligible y se califica de divino.

La religión revelada se expresa por un órgano misterioso, cual es en el cristianismo Jesucristo y su Iglesia.

El arte humana es la exterioridad de lo divino dentro de los límites humanos.

La religión es una idealización de lo sobrehumano, que se simboliza humanamente.

Las religiones excesivamente espirituales no son bastante prácticas; las más prácticas no son bastante espirituales. Sólo la religión cristiana concilia armónicamente estos extremos con un arte calificable de divina.

El arte es función de una inteligencia creadora; la religión es la necesidad que suscitan las inteligencias creadas, de una fuerza creadora correlativa, el sujeto absoluto que se destaca pertinaz enfrente del sujeto relativo; lo desconocido que asedia á lo conocido y cognoscible.

A falta de otra cosa mejor, la inteligencia humana se satisface creando un tipo ideal de inteligencia divina lo más perfecto posible; y relacionándole con lo indefinido, que se realiza en serie perpetua mientras vive el pensamiento.